

Antonina miraba atentamente á su marido. Este, que tenia una grande hambre, parecia no prestar sino una atencion muy pequena á lo que decia su madre y el señor Devaux.

—¿Qué piensas hacer esta noche? preguntó de repente Edmundo á su amigo Gustavo.

—Me quedo aquí: ¿y tú?

—Yo, he prometido irle á hacer una visita al señor de *** Me lo permites, ¿no es verdad, mamá? me das libertad por esta noche.

—Anda, querido hijo mio, anda. Todo te lo permito yo, escepto que te enfermes.

Antonina levantó hácia Edmundo una mirada casi suplicante, que este evitó; pero no pudo escaparse á Gustavo.

Cuando la comida, que en aquellos momentos tocaba á su fin, concluyó, Gustavo se acercó á Edmundo.

—Deberias no salir; le dijo.

—Por qué?

—Porque esto aflige á Antonina.

—Antonina es una niña, respondió Edmundo. Si la hiciera yo caso, jamas saldria de aquí.

—Es preciso perdonarla este leve capricho... ¡te ama tanto!

—Así son las mugeres; tarde ó temprano su amor degenera en tiranía. ¿Qué mal hay en que yo vaya á hacer una visita al señor de *** en cuya casa comí el otro dia?

—Antonina está celosa.

—De quién?

—De la muger del señor de ***

—¡Ella está celosa de todo el mundo! ¡Es una loca!

Miéntas que Edmundo y Gustavo hablaban de esta manera, Antonina se habia acercado á Laurenea.

—¿Ya lo ve vd? la dijo; va todavía esta noche.

—Vamos... no se aflija vd., respondió Laurencia: vd. se inquieta sin motivos; Edmundo ama á vd. mas que nunca.

—¿Quién me lo hubiera dicho! murmuró Antonina, con un suspiro de tristeza infinita.

—¿Qué sucede? preguntó en voz baja el señor de Mortonne, acercándose á las dos mugeres.

—Sucede, dijo Laurencia, que Antonina está muy afligida de ver que su marido va frecuentemente á casa del señor de ***, y cree que le está haciendo la corte á su muger.

—Déjelo vd. ir, contestó el anciano comandante; ese es el mejor modo de que no vuelva. Miéntas mas quiera vd. impedirselo, mas y mas se encaprichará. ¿Y que mal la puede á vd. traer que de vez en cuando haga un poco la corte á la señora de ***? Ya sabe vd. que á nadie ama mas que á vd.,...

—¡Triste consuelo! murmuró Antonina, cuyos ojos comenzaban á arrasarse de lágrimas.

—¡Mire vd. qué fuerte y qué bueno está! Decía la señora de Péreux al señor Devaux, señalando á Edmundo, que acababa de encender un enorme habano. ¡Qué dichosa soy, doctor, y cuánto le debo á vd....!

—¿Me quieres acompañar un poco? dijo Edmundo á Gustavo, tomando su sombrero.

—No; me quedo con estas señoras.

—Entonces hasta mañana.

—¿Ya te vas? preguntó tímidamente Antonina á su marido, viéndolo con el sombrero puesto.

—Sí.

—Volverás pronto?

—Dentro de una hora estaré aquí.

—De veras?

Antonina presentó su frente á su marido, quien se contentó con abrazarla.

—No salgas esta noche, le dijo en voz baja, tratando de detenerlo.

—¡Ah, cáspita! ¿y por qué tienes tanto empeño en que no salga?

—Es que hoy hace tres años que nos casamos..... y bien pudieras sacrificarme esta noche.

Edmundo levantó las espaldas, se quitó el sombrero y lo puso sobre una mesa con un gesto de impaciencia.

—Sal, puesto que tienes tanto empeño; le dijo su muger.

—No: ¿pues quieres que me quede?

—No lo quiero..... lo deseaba solamente, á causa de nuestros amigos, que han venido á celebrar este aniversario.

—Me habia olvidado de que este aniversario fuera hoy.

—¡Ya! dijo Antonina: ¿conque ya no me amas, Edmundo?

Edmundo volvió á ponerse su sombrero.

—Si es para que representemos una escena sentimental, para lo que me detienes, dijo, te advierto que me agradan muy poco.

—Sal, pues, amigo mío..... ya conozco que me he equivocado. Pero, abrázame otra vez: ¿conque dentro de una hora estarás de vuelta?

—Dentro de una hora.

Antonina dirigió una sonrisa á su marido, quien salió de la sala.

—No habrá vuelto ni á la una de la mañana; murmuró.

—¿Qué tienes, querida hija? dijo la señora de Péreux á Antonina; pareces triste.

—Nada tengo, mamá, respondió Antonina; nada en verdad.

—Edmundo que sale con alguna frecuencia es lo que te aflige.... Pero él no sale sino porque sabe que quedas bien acompañada con nosotros. ¡Vamos! todos los jóvenes son como

él. Piensa que no tiene mas de venitiseis años, y que á esa edad un hombre tiene necesidad de distracciones.

Cualquiera cosa que hubiera sucedido, la señora de Péreux no hubiera titubeado en concederle la razon á su hijo. Su salud, su contento, era todo lo que deseaba; así, pues, no era ella á quien Antonina venia á quejarse, porque sabia que el corazon de la madre estaba sordo para cualquiera queja contra su hijo.

Gustavo, el comandante, la señora de Mortonne y el médico se sentaron frente á una mesa, y comenzaron una partida de juego de cartas. Esto no divertia mucho á Daumont, pero llenaba de tanto placer á los otros tres personajes, que por complacerlos, siempre jugaba con ellos.

Antes de sentarse frente á la mesa, Gustavo abrazó á su hijo y á su muger, que habia puesto sobre su regazo al niño, y que estaba platicando con Antonina en un sofá, miéntras que la señora de Péreux iba á tomar un libro para concluir una lectura que la interesaba.

Antonina miraba á cada instante el reloj.

Hora y media se pasó de esta manera.

De pronto Antonina se levantó.

—¿A dónde va vd? la preguntó Laurencia.

—Voy un instante á mi cuarto.

—Quiere vd. que la acompañe?

—Sin duda.

Laurencia veia tan triste á Antonina, que no queria dejarla sola; tanto así temia que aquella tristeza se cambiase en desesperacion.

—Dios mio! Dios mio! qué desgraciada soy! murmuró Antonina dejándose caer sobre una silla, en su alcoba, y llorando á lágrima viva.

—Vamos, amiga mia, hermana mia, la dijo Laurencia; no llore vd. así. . . .

—Ama á esa muger, repetia Antonina; estoy segura debia estar de vuelta hace mas de media hora.

—Se alarma vd. sin motivo. . . . cálmese vd. Habrá tenido que detenerse á su pesar.

—Ay! si no fuera mas que esto, nada diria, respondió Antonina; pero yo veo bien cuánto ha variado Edmundo. Si lo hubiera vd. visto ántes, no lo reconoceria ahora. ¡Estaba celoso hasta de mis menores pensamientos, no queria ni aun que mi recamarera me tocase . . . ! y ahora me deja sola dias y noches enteras! Es cierto que ahora tiene todo el porvenir por su cuenta, miéntras que en aquella época creía su muerte cercana. ¡Pero su amor provenia solamente de esta conviccion. . . ? Hay momentos en que así lo creo. ¡Hubiera sido mejor que mi padre no lo salvase? De esta manera, la muerte solo hubiera puesto un término á su amor, miéntras que ahora, se lo repito á vd., Laurencia, estoy segura de que ama á otra muger que no soy yo. . . . !

En este momento entró Gustavo.

—VÍ salir á vdes. juntas, las preguntó; ¿qué sucede?

Laurencia señaló á Antonina á Gustavo.

—¡Mira como llora! le dijo.

—Mi buen Gustavo, dijo Antonina tomando la mano de Daumont; vd. no aflige á su muger; vd. . . .

—Es vd. una niña, dijo el jôven á Antonina: Edmundo ama á vd. como siempre.

—Es lo que yo la decia hace un momento, añadió Laurencia; pero miraba á su marido como una muger que dice lo contrario de lo que piensa.

—Quédate con ella, dijo en voz baja Gustavo á Laurencia; yo voy á encontrar á Edmundo, y tendré una esplicacion con él, porque lo que está haciendo es muy malo.

—Eso es ve; aquí nos hallarás.

Gustavo estrechó la mano de su muger, y salió.

El señor de ***, á casa de quien Edmundo habia ido, vivia en la calle de los Italianos: Gustavo era su conocido; nada habia, pues, de extraño en que fuera á hacerle una visita.

—El señor no está en casa, respondió el criado; solamente la señora.

—Anúnciame, pues.

Gustavo encontró á Edmundo con la señora de ***.

Ambos se admiraron de ver entrar al jôven.

Gustavo estaba resuelto á dar un golpe seguro y delicado.

—Suplico á vd. me dispense, señora, dijo, que me presente tan tarde en casa de vd.; pero la señora Antonina de Péreux está indispuesta, y venia á buscar á Edmundo, que sabia estaba aquí.

Desde el momento en que era tarde para presentarse en casa de una muger, era tarde para permanecer en ella.

La señora de *** comprendió la intencion de Gustavo, se ruborizó, y dirigiéndose á Edmundo, le dijo:

—No detengo á vd. mas, caballero, y espero tenga la bondad de ofrecer mis sinceros respetos á la señora de Péreux, cuya indisposicion espero no será de gravedad.

Los dos jôvenes se despidieron de la señora de ***.

—¿Qué significa esto? preguntó Edmundo á Gustavo cuando se hallaron en la calle.

—Esto significa, querido amigo, contestó Daumont con una voz un poco severa, que te estás portando muy mal con Antonina.

—¿Y tú eres quien te has encargado de predicarme un sermón moral?

—Sí.

—Pues te has equivocado, porque la moral no me divierte.

—Tendrás que oirlo sin embargo.

—Ya sé que este es uno de los derechos de la amistad. Habla, pues.

—Estás engañando á Antonina.

—Ese es cuento mio nada mas.

—Y mio tambien, que hace tres años fuí á rogar á la señorita Devaux que consintiese en ser tu esposa porque en aquella época á nadie amabas mas que á ella y me diste un abrazo muy estrecho cuando te anuncié de su parte que consentia en casarse contigo. . . .

—Hace tres años

—Y qué?

—Ay, amigo mio! cuántas cosas pasan en tres años. . . .! En aquella época yo escupia sangre; creia tener apenas dos años de vida. . . ahora me siento tan bueno como tú, y la vida se me ofrece de otra manera. Amo á Antonina, sí, pero la amo como se ama á una muger despues de haber pasado tres años de matrimonio con ella. Positivamente no puede uno estar siempre á los piés de su muger como en los primeros dias en que nos tiene seducidos el atractivo de la novedad y la posesion. La amistad, la afeccion tranquila succede á los primeros arrebatos. . . y luego, te lo repito, cuando cree uno que va á morir, dice y hace muchas cosas, que encuentra casi ridículas cuando ha sido curado.

Tengo veinte y seis años; estoy casado pe-

ro ¡que diablo! no cuento vivir con mi muger como si tuviera sesenta años. . . .

—¿Conque es decir que por solo un capricho de tu cabeza, la harás padecer?

—Esa es la vida, querido amigo mio y si Antonina no estuviera rodeada de personas que la exaltan con sus palabras, no padeceria.

—¿Lo dices acaso por mí?

Edmundo nada respondió.

—Nada tienes ya en el corazon, le dijo Gustavo; olvidas y reniegas tus amistades. Muy mal hecho, Edmundo, muy mal hecho. El olvido de ciertas cosas, eso es lo que se llama ingratitude.

—¿Acaso te acuerdas tú de Nichette, á quien amabas tanto? No.

—Pero, en fin, al señor Devaux es á quien le debes la vida, y por gratitud, ya que no por amor, debias hacer á su hija dichosa. ¿No me respondes?

—No.

—Por qué?

—Porque, segun el aspecto que las cosas toman, no estoy bien seguro de si le agradezco ó no lo que hizo.

—¿Qué dices?

—Digo que hay momentos en que, si no fuera porque esto daría la muerte á mi madre, me pregunto si no hubiera sido mejor que yo muriera hace dos años. Habria muerto echando

ménos la vida, creyendo en el amor puro, convencido de que hubiera sido dichoso en este mundo, miéntras que ahora, si debo confesar-telo, me parece que no fuí yo creado para el matrimonio. . . . Conozco que hago desgraciada á Antonina; pero no puedo obrar de otra manera. Percibo hoy ¡perdóname! que no la amaba sino con motivo del poco tiempo que creia tener de vida. El otro dia leí la carta que la escribí para darla las gracias por su determinacion de casarse conmigo. . . . y me ha parecido . . . demasiado ridícula. He gastado en uno ó dos años la suma de felicidad que habia recibido de Dios; y cuando me he encontrado frente á frente con una vida larga, me he visto en la posicion de un hombre arruinado frente á sus deudas.

En fin, para no ocultarte nada, hay dias, dias frecuentes, en que me fastidio horriblemente, y en que tengo que ir á buscar fuera las distracciones que no puedo hallar en mi casa.

Ya sé que Antonina me ama. . . . bien conozco que es bella, afectuosa, que la debo la vida. . . . que moriria mañana si yo muriese. . . . yo la estimo como á una santa; la bendigo como á una madre. . . . pero, triste es decirlo, no la amo ya. . . . y me parece que jamas la he amado. . . .

—¡Pobre Antonina! dijo Gustavo,

—Tengo lástima de ella como tú, dijo Edmundo.

—Pero á lo ménos, eres feliz.

—Quieres saber la verdad?

—Sí.

—Pues bien, daria yo todos los años de vida que me quedan ahora, por seis meses semejantes á los que se siguieron á mi matrimonio.

Habian llegado á la calle de los Tres-Hermanos. Gustavo estaba conmovido y triste; Edmundo se pasaba de vez en cuando la mano por la frente, como un hombre que quiere librarse de un pensamiento peligroso.

—Tiene razon, decia para sí Gustavo. La vida está, pues, arreglada de modo que es preciso que el hombre, sintiéndolo, abandone lo que ha amado. . . . ! ¡Quién sabe si tengo derecho para reprender á Edmundo! Yo he hecho sufrir á Nichette lo que él ha hecho sufrir á Antonina. ¡He hecho bien? Al decir esto, abria la puerta de la alcoba de Antonina, y Laurencia con su niño en los brazos vino hácia él, casta, bella y con la sonrisa en los labios.

Esta era una respuesta afirmativa á la cuestion que acababa de proponerse.

Edmundo se dirigió á Antonina, y le tendió la mano. Ella se precipitó en sus brazos.

El corazon de Edmundo no latió.

Diez años ha que pasaron los sucesos que acabamos de referir.

La señora de Péreux murió sonriendo á su hijo, á quien creia feliz, y ésta muerte, como lo creereis, no ha curado á Edmundo de su desencanto respecto de la vida. Sin embargo, hoy habla de ella sin emocion.

El señor y la señora de Mortonne viven aun: únicamente la señora de Mortonne está parálitica.

El señor Devaux está en perfecta salud, y la curacion de Edmundo ha aumentado su clientela.

Gustavo y Laurencia estaban últimamente en la pequeña iglesia de Niza, en donde veian á su hijo hacer su primera comunión. Desde la enfermedad de la señora de Mortonne volvieron á vivir en esa ciudad con ella y el comandante.

Edmundo estaba de prefecto en X.***

Toda la poesía de su vida se ha reducido á esa pobre ambicion.

Es el amante de la muger de un abogado del pueblo; muger de cuarenta años. Todo el mundo lo sabe; hasta la misma Antonina, que se rie de ello cuando se habla de tales amores.

Si vais á Tours, y pasais por la calle de ***, vereis esta inscripcion: *La señora de Lacroix: Modas y Mercería.*

Esta señora Lacroix es Nichette, que dos años despues de su llegada á Tours, casó con el hijo de un librero, que tenia su almacén frente al suyo. Viéndola tan triste, le prestaba libros para distraerla. A fuerza de querer consolarla, se enamoró de ella: ella acabó por amarlo, y se cita su matrimonio como un modelo de union y de alegría doméstica.

La señora Angélica tiene gota; pero acabó de leer el *Castillo de Kenilworth*.

FIN.